

Cambio climático y derechos de la infancia

La Convención sobre los Derechos del Niño presenta la visión de un mundo en el cual los niños tienen el derecho a sobrevivir y a desarrollarse en un entorno físico sano. No obstante, estos derechos –o los propios niños– pocas veces forman parte de los debates internacionales y nacionales sobre el cambio climático y las medidas necesarias para hacerle frente.

Los niños son especialmente vulnerables a los efectos del cambio climático por varias razones. En primer lugar, su curiosidad innata y su etapa de desarrollo fisiológico y cognitivo aumentan sus probabilidades de exponerse a peligros ambientales y a resultar perjudicados. Por ejemplo, son más susceptibles que los adultos a los efectos nocivos de la radiación ultravioleta intensa, la vivienda inadecuada y la contaminación del aire en recintos cerrados producida por los biocombustibles.

En segundo lugar, muchos de los factores que inciden en la mortalidad infantil –la desnutrición (que contribuye a más de la tercera parte de todas las defunciones de niños menores de cinco años), las infecciones respiratorias agudas, la diarrea, el paludismo y otras enfermedades transmitidas por vectores– son altamente sensibles a las condiciones climáticas.

En tercer lugar, cada vez hay más pruebas de que los países menos adelantados son los que sufren las peores consecuencias del cambio climático. La población infantil de esos países es enorme. En 2008, los niños menores de 18 años representaban el 47% de la población de los 49 países menos adelantados del mundo, en comparación con el 21% en los países industrializados. Muchos países en desarrollo adolecen de una precaria infraestructura física y carecen de sistemas para hacer frente a fenómenos climáticos como las sequías y las inundaciones.

En cuarto lugar, la creciente relación entre los disturbios civiles y el cambio climático es motivo de preocupación por cuanto puede afectar el ejercicio de los derechos de los niños. Un estudio realizado en 2007 estimó que 46 países con una población total de 2.700 millones de personas podrían estar en mayor riesgo de sufrir conflictos violentos derivados de la interrelación entre

el cambio climático y las tensiones sociales, económicas y políticas. Las consecuencias en los niños pueden ser traumas psicológicos, reclutamiento por parte de fuerzas y grupos armados, desplazamiento y migración forzados, lo que conduce a la separación de las familias y a una mayor vulnerabilidad a la trata y la explotación.

Por último, hay claras evidencias de que el cambio climático dificultará aún más la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio. El Informe Stern, un amplio estudio sobre las consecuencias económicas del cambio climático encargado por el Gobierno del Reino Unido en 2006, estima que el cambio climático podría elevar entre 40.000 y 160.000 el número de muertes anuales de niños menores de cinco años en Asia meridional y África subsahariana, al disminuir el rendimiento económico en estas regiones.

La posible pérdida de los medios de subsistencia que encararían millones de familias podría significar que más niños tendrían que compensar los ingresos familiares, lo que dificultaría aún más la asistencia a la escuela, especialmente a las niñas. La creciente escasez de agua y otros recursos naturales impondrá responsabilidades adicionales a las mujeres y a las niñas, que son las encargadas de recoger agua y conseguir combustible para sus hogares. Y el costo de mitigar el cambio climático disminuirá los recursos disponibles para la salud, la educación y otras esferas de la protección social.

Los niños como protagonistas de la respuesta al cambio climático

Para abordar los complejos problemas que el cambio climático plantea para los derechos de los niños, se requieren enfoques integrales y basados en la colaboración, que cuenten con los niños como aliados principales. Será esencial la colaboración intersectorial en los campos de la salud, la educación, la nutrición y las obras públicas, y el trabajo mancomunado de las entidades y las organizaciones responsables del cuidado y la protección de los niños, las mujeres, los jóvenes y las familias. La sensibilización a las cuestiones de género también será indispensable para reducir la vulnerabilidad y fomentar la autonomía de todos los ciudadanos. Las asociaciones comunitarias también serán cruciales para las estrategias de

mitigación y adaptación. Dotar a los habitantes del medio rural y, en general, a toda la población, de la capacidad para hacer frente a los peligros requerirá ampliar las inversiones en ámbitos tradicionales del desarrollo infantil, como la nutrición, la atención de la salud, la educación, el agua, el saneamiento y la higiene. También se necesitarán intervenciones innovadoras para promover la utilización de fuentes de energía renovable –como los sistemas de energía solar y eólica– para cocinar, calentar el hogar y recoger agua. También será preciso impartir educación sobre el medio ambiente en las escuelas y las comunidades, o mejorar la calidad de los cursos existentes; ayudar a los grupos cuyo sustento esté amenazado; y dedicar más atención a la preparación para los desastres, como tormentas, inundaciones y sequías.

En todo el mundo en desarrollo ya han empezado a surgir iniciativas para abordar estos problemas. En Sierra Leona, por ejemplo, 15.000 jóvenes están participando en un programa voluntario de capacitación para administrar mejor sus fincas y parcelas, organizar microempresas y compartir conocimientos sobre buenas prácticas. En Marruecos, la asistencia neta a la escuela primaria ha aumentado un 20%, gracias a un proyecto que recibe apoyo del Banco Mundial y cuya finalidad es liberar a las niñas de la responsabilidad de recoger agua. En Tayikistán, los niños están ayudando a comprobar la calidad del agua, usando equipos sencillos y de bajo costo. Estos ejemplos demuestran que emprender proyectos centrados en los niños redundan en el mejoramiento del medio natural, al tiempo que ayuda a hacer valer los derechos de los niños y los jóvenes.

La adaptación al cambio climático puede representar una oportunidad para que los países y las comunidades refuercen sus compromisos hacia los niños. Llegó la hora de tomar medidas tendientes a mitigar los efectos del cambio climático y a afianzar los mecanismos de preparación y adaptación. La indiferencia ante el cambio climático podría tener un alto costo; en efecto, hacer caso omiso de esta situación podría revertir, en el siglo XXI, los logros alcanzados en materia de supervivencia y desarrollo infantil.

Véanse las referencias, págs. 90–92.